**10. Sacramento de la Penitencia**

**y confesión de los pecados**

**A) Datos teológicos: mensaje cristiano**

**La Iglesia ha recibido de su Fundador Jesucristo la potestad de perdonar los pecados cometidos después del Bautismo. Ha sido un don que refleja la misericordia divina y un gesto para hacer constar la participación salvadora que Dios otorga a los hombres. Ser cristiano es vivir**

**La Iglesia considera como dogma que debe ser reconocido y defendido su poder de perdonar pecados. Cristo comunicó a los Apóstoles y a Pedro personalmente ese poder y quiso que lo ejercieran en todo el mundo.**

**Fue el poder que El mismo tenía y que desconcertaba a quienes le escuchaban proclamarlo. "Dijo al paralítico: "Perdona­dos te son tus pecados". Ellos decían: “¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?" Jesús les dijo: “¿Qué es más fácil, decir "perdonados te son los pecados", o decir "levántate y anda"? Pues, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados, "levántate", dijo al paralítico, toma la camilla y vete a tu casa”. Al instante su puso en pie y marchó para su casa." (Mt. 9. 2-9).**

**Los Apóstoles transfirieron el poder a sus seguidores. A lo largo de los siglos se fueron perdonando los pecados y prolongando la misericordia del Señor reflejada en esa atribución.**

****

**[](http://thumbs.dreamstime.com/z/icono-de-la-flor-13462996.jpg)[](http://thumbs.dreamstime.com/z/icono-de-la-flor-13462996.jpg)**

**Hay que prescindir de la idea de poder como fuerza, como instrumento o capacidad de imposición. Es más bien el poder ministerial de servir desde actitudes misericordiosas y de ayudar a los hombres a vencer el mal.**

**1. Afirmación bíblica**

**Existen tres referencias fundamentales en el Nuevo Testamento en lo referente al poder de perdonar pecados: la concesión personal a Pedro, la transmisión a los Apóstoles, el eco en los primeros cristianos que se refleja en las cartas apostólicas del Nuevo Testamento.**

**1º. Concesión a Pedro Es algo singular y personal. Cristo quiso una Iglesia jerárquica y Pedro fue designado como cabeza. Entre sus atribuciones capitales, Jesús le otorgó el poder de perdonar. El lugar del Evangelio más claramente referido a ese poder aparece en la conversación que Jesús tiene con él y con los Apóstoles.**

**"Preguntó a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? Ellos contestaron: Unos dicen que Juan el Bautista; otros que Elías; y algunos que Jeremías o algún profeta.**

**Jesús les preguntó a ellos: Y voso­tros, ¿quién decís que soy yo?**

**Tomando la palabra Simón Pedro declaró: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.**

**Entonces Jesús le declaró: Dichoso de ti, Simón, hijo de Juan, porque nin­gún hombre te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra voy a edificar mi Iglesia. Y el poder del infierno no podrá nada con ella. A ti te daré las llaves del Reino de Dios. Lo que ates sobre la tierra quedará atado en el cielo. Y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo."  (Mt. 16. 13-20)**

**2º. Concesión a los Apóstoles**

**Las mismas palabras se la dijo Jesús a sus Apóstoles: "En verdad os digo que lo que atéis en la tierra queda atado en el cielo y lo que desatéis en la tierra queda desatado en el cielo." (Mt. 18.18). Con ellas se indica el sentido de ese poder de las llaves y quiénes son verdaderamente los depositarios de tan singular poder.**

**Son palabras que se refuerzan con el testi­monio de Juan en torno a la primera aparición de Jesús: "La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió a Mí, así os envío yo a vosotros. Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados. A quienes no se los perdonéis, les quedan sin perdonar." (Jn. 20.10-22; Lc.24. 47)**

**Jesús concedió, pues, a sus seguidores, como medio de cumplir su mandato de evangelizar al universo entero, el poder perdonar los pecados. La Iglesia desde entonces ha sentido admiración, como en su tiempo lo sintieron los judíos, por esos hechos del perdón. La responsabilidad de la Iglesia de ir por el mundo perdonando los pecados a los hombres y aplicando los méritos de Jesús a todos los que quieran acoger ese perdón alentó su camino.**

**3º En las Cartas Apostólicas**

**Además de los testimonios sobre los Apóstoles en los Evangelios, hallamos ráfagas de vida cristiana de los primero momentos en las cartas atribuidas a los Apóstoles. La referencia al perdón es frecuente en ellas. En las catorce de Pablo, o a él atribuidas, habla del perdón de los pecados por los méritos de Cristo unas 30 veces.**

**En las otras siete atribuidas a otros Apóstoles se alude a la idea otras 20 veces. No dejan lugar a dudas de que los primeros seguidores de Jesús comprendieron el mensaje del perdón y lo fueron transmitiendo una vez que los Apóstoles fueron desapareciendo del mundo. (Apoc 1. 18 y 3. 17)**

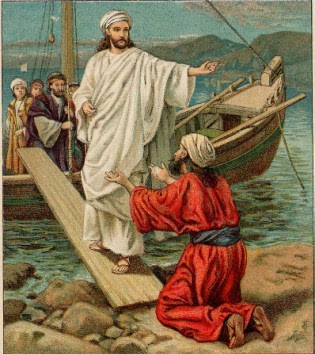
**San Pablo lo escribía: "Si tus labios proclaman que Jesús es Señor y crees de corazón que Dios le hizo surgir triunfante de la muerte, entonces estás sal­vado. Porque se precisa fe interior en el corazón para que Dios restablezca la amistad y se necesita pública proclamación de esta fe para obtener el perdón." (Rom. 10. 9-10). Y repite insistentemente su mensaje del perdón: Ef. 5. 5; 1. Cor. 6. 9; Gal. 5. 16.**

**Las llamadas cartas de San Juan, de modo especial la primera, contienen una singular apología sobre la necesidad y la existencia de ese perdón y la conveniencia de confesar con humildad el pecado para obtenerlo.**

**La Iglesia es consciente de que Jesús le ha concedido el "poder de perdonar los pecados" como misión, como derecho y como poder. Es poder equivalente al que El mismo recibió del Padre. Y Jesús lo manifestó en hechos, en parábolas, en gestos hermosos. Nada hay tan abundante en los Evangelios como los "momentos del perdón" de Jesús. Basta abrir el Nuevo Testamento al azar y encontramos referencias a ellos.**

**Pero la Iglesia no cumple con esa misión de una forma automática y como quien reparte una cosa sin valor. Madre y Maestra como es ha ido reclamando con adaptación y tacto formas de acceder a ese don. Exige fe, pero exige conciencia y aceptación del mismo.**

**Ilumina las mentes y los corazones. Quienes tienen fe llegan al perdón. Quienes no acogen a Dios por la fe no pueden recibir la salvación.**



**2. El perdón en la Historia**

**A lo largo de la Historia, todos los santos y escritores cristianos vieron en las palabras del Maestro a Pedro el poder que Jesús daba a su Iglesia de perdonar los pecados. El poder concedido tenía una función sanativa y un significado misericordioso. Y es que Jesús vino a salvar a todos los hombres con su muerte redentora, pero quiso que esa salvación pasara hacia ellos por manos de los mismos hombres.**

**Lo esencial del mensaje se mantuvo en la mente de los creyentes. Los modos de administración se adaptaron a las circunstancias, a las culturas y a la misma evolución de la Iglesia, compuesta de hombres caminantes.**

**1º . Tiempos antiguos**

**Además de los textos del Nuevo Testamento, hubo otros escritores que testi­ficaron las creencias y prácticas cristianas. En los primeros momentos, la Didajé recoge la exhortación a que todos han de hacer penitencia y confesar los pecados antes de asistir a la celebración de la Eucaristía: "*Reuníos en el día del Señor, romped el pan y dad gracias después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro*". (14. 1)**

**La Iglesia así lo entendió y cuando, ya desde los primeros tiempos, resumía en el Credo lo que era su fe, insistía en la expresión "*creo en la Santa Iglesia y creo en el perdón de los pecados*".  
   Las consignas y recomendaciones de los antiguos Padres son innumerables. San Clemente Romano (hacia el 96), rogaba a los desobedientes de Corinto que se sometieran a los presbíteros y "*recibieran la corrección como penitencia, doblando las rodillas del corazón*" (Carta a Cor. 57. 1).**

**San Ignacio de Antioquía (+ hacia 107) decía que sólo los que hacen peni­tencia reciben el perdón del Señor: "*A los que hacen penitencia el Señor les perdona si vuelven a la unión con Dios y a la comunión con el obispo*" (Filad. 8. 1 y 3.2).**

**El rigo­rista Tertuliano, declaraba el poder de perdonar a la Iglesia, pero negaba la posibilidad del perdón a pecados como el adulterio, el homicidio y la apostasía (De pudicitia 6), pidiendo a los pecadores que se sometan a la "exhomológesis" o confesión pública para recibir penitencia y absolución a fin de ser recibidos de nuevo en la comunidad de los fieles.**

**2º. Tiempos recientes**

**Los siglos posteriores multiplican los testimonio sobre el perdón de los pecados por parte de la Iglesia, Cayeron en desuso las prácticas rigurosas de la penitencia. Se reemplazaron los sacrificios, ayunos y limosnas, por plegarias sencillas y asequibles.**

**Todavía en los catecismos más recientes se dicen cosas tan hermosas como las del Catecismo de la Iglesia Católica: *"El ministerio del perdón no lo cumplieron los Apóstoles y sus sucesores anunciando sólo a lo hombres el perdón de Dios merecido para nosotros por Cristo y llamándonos a la conversión de la fe, sino comunicándoles también la remisión de los pecados por el Bautis­mo y reconciliándolos con Dios y con la Iglesia, gracias al poder de las llaves recibido de Cristo.*  
*Por eso decía S. Agustín: "La Iglesia ha recibido las llaves del Reino de los cielos, a fin de que se realice en ella la remisión de los pecados por la sangre de Cristo y la acción del Espíritu Santo. En esta Iglesia es donde revive el alma que estaba muerta por los pecados, a fin de vivir con Cristo, cuya gracia nos ha sal­vado".***

***No hay ninguna falta grave que la Iglesia no pueda perdonar. Cristo que ha muerto por todos los hombres quiere que en su Iglesia estén abiertas las puertas del perdón a cualquiera que se arrepienta del pecado".* (N° 981-982)**

**Negadores del poder.**

**Algunas sectas desgajadas del primitivo cristianismo consi­deraron demasiado blanda a la Iglesia por usar de tanta misericordia con los pecadores y fueron adoptando posturas opuestas a la fácil remisión de pecados significativos.**

**En alguna ocasión negaron que los pecados graves pudieran ser perdonados simplemente porque la Iglesia no tiene, según ellas, poder para perdonar. Tales fueron los montanistas a los que perteneció Tertuliano en la segunda parte de su vida. Excluían del perdón los tres pecados citados: aposta­sía con idolatría, el adulterio y el homicidio.**

**Los novacianistas rehusaron readmitir de nuevo en la Iglesia a los que habían renegado de la fe. Se desencadenó una polémica después de la persecución de Decio (249-251) en la que hubo muchos cristianos que sacrificaron a los ídolos para no morir entre tormentos y luego, arrepentidos, pidieron su readmisión. Las opiniones sobre si los apóstatas (lapsi) podían volver a la Iglesia se hicieron encontradas. Ante los negadores, San Cipriano (205-258), Obispo de Cartago, en su escrito "*De Lapsis*" y en sus car­tas, exigió admitir de nuevo en la comuni­dad eclesiástica a los apóstatas, lo mis­mo que a los demás pecadores, si daban señales de arrepentimiento y hacían penitencia. Condenó a Novaciano (248-330­?) por su rigor y defendió el deber de la Iglesia de ser misericordiosa.**

**En la Edad Media resurgieron las actitudes rigoristas y espiritualistas en diver­sas sectas o grupos opuestos al perdón fácil. Los valdenses y los cátaros, los wiclefitas y los husitas, entre otros, re­chazaron la autori­dad sagrada en la Iglesia. Defendieron que todos los laicos son capaces de perdonar por estar bautizados y ser seguidores de Jesús. Pero declararon que el perdón sólo se puede ofrecer en con­tadas ocasiones y después de una vida muy piadosa y rigurosamente penitente.**

**Wicleff declaró superflua e innecesaria la confesión externa (Denz. 587), porque el perdón sólo puede venir directamente de Dios y ningún hombre puede hacer de intermediario. Esta actitud sería renovada un siglo después por los reformadores protestantes que, aunque inicialmente admitieron la acción penitencial como tercer sacramento, junto con la Cena y el Bautismo, (Conf. de Aug. art. 13), luego la rechazaron como coherente con la defensa a ultranza que hicieron de la única intermediación posible que es directamente la de Jesucristo para obte­ner la justificación.**



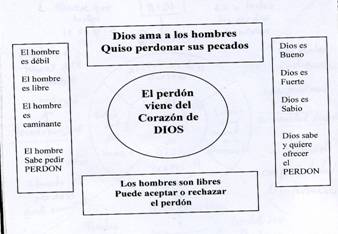
**2. Justificación y penitencia**

**La penitencia no es el perdón, sino la condición del perdón. El perdón es el acto divino por el cuál se anula el pecado. Ese acto divino para los protestantes se produce directamente sin necesidad de nadie que interceda o lo certifique. En la doctrina católica, la intermediación humana, sacramental, es decisiva.**

**El hombre, a través del sacramento penitencial o de otras acciones intercesoras, hace de intermediario entre el pecador y Dios. Sirve de cauce en la petición del perdón y sirve de cauce en la conce­sión del perdón, formulando la absolución, en nombre de Dios que es quien realmente perdona.**

**El gesto significativo de la petición de perdón: arrepentimiento, humillación, cambio de vida, es la penitencia. Con ella se purifica la conciencia en lo humano y en lo divino y se dispone el ánimo, la inteligencia y la voluntad, para recibir el perdón. El gesto de la absolución hace efectiva la justificación.**

**La justificación implica la destrucción total, la aniquilación del pecado. No se trata sólo de una no imputación, un encu­brimiento, pero dejando intacto el pecado latente en el alma. La doctrina católica declaró en oposición frontal a la protestante que la destrucción es total, en virtud de la muerte redentora del Señor aplicada a cada pecador concreto.**

****

**1º. Perdón sin excepción**

**De la naturaleza del perdón divino, aunque se otorgue por la intermediación de la Iglesia, no se deduce que existan pecados imperdonables. Esta hipótesis se opone al poder divino y a la grandeza de la misericordia de Cristo.   Cualquier pecado, por monstruoso que sea, y cualquier número de pecados, por abundantes que resulten, entran en las posibilidades del perdón. La plenitud de la redención, infinita por ser Jesús quien era, no permite otra alternativa.**

**El Concilio de Trento se encargó de recalcar la universalidad del perdón de todos los pecados y de recordar la tradición de la Iglesia. Renovó las condiciones y la disciplina para obtener el perdón, cuidando de reclamar el mayor beneficio de los pecadores arrepentidos y convertidos. (Denz. 911 a 925).**

**Inclu­so en relación a aquellos pecados que se llaman reservados, el Concilio determinó que, en situación de muerte, ninguno tuviera la limitación del perdón que la Iglesia pudiera reclamar por motivos de su gravedad o por otras razones pedagógicas. Cualquier sacerdote, sean quien sea, puede absolver cualquier pecado, sea como sea, ante el instante supremo del morir. (Denz. 903)**

**Por otra parte, como los hombres son débiles y puede caer de nuevo en pecado, la naturaleza sanativa de la penitencia reclama que se pueda repetir tantas veces como sea necesario para recuperar la gracia divina si se ha perdido.**

**El poder de la Iglesia es capaz de perdonar sin excepción todos los pecados cometi­dos después del Bautismo. Abarca también a poder perdonarlos cuantas veces sea necesario sin limitación.**

**2º Motivación el perdón**

**No puede ser otra que la misericordia divina administrada por el mismo Cristo y, en su nombre, por el ministro eclesial.**

**Los ejemplos del perdón de Jesús fueron abundantes. Y Jesús confió a la Iglesia (Jn. 20. 21) su propia misión divina, en la cual está incluido no sólo el anuncio de un mensaje, la Palabra, sino también la comunicación de una vida. En esta segunda dimensión eclesial es don­de se inserta la administración del perdón de los pecados: Jn. 7. 53 y 8. 2; Mt. 9. 2; Mc. 2. 5; Lc. 5. 20; Lc. 7. 36-50; Lc. 23. 43; Mt. 26. 75. El Señor dio con claridad la razón al respecto: "He venido para salvar lo que se había perdido": (Lc. 16. 10)**

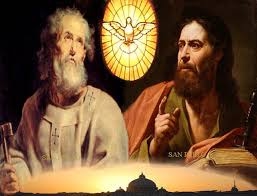
**El ejemplo de los Apóstoles fue clarificador en este sentido. S. Pedro excusa a los judíos, incluso por haber matado al Señor y lo atribuye a ignorancia (Hech. 3.17). S. Esteban perdona incluso a los que le están apedreando, exactamente como había hecho Jesús en la cruz. (Hech. 7. 60). S. Pablo declara perdonado al incestuoso de Corinto (2 Cor. 2.10)**

**Los textos evangélicos que parecen restringir esa universalidad del perdón reclaman una correcta exégesis en el contexto del Evangelio: Mt. 12. 31; Mc. 3. 28; Lc. 12. 10; Hebr. 6. 4-6.**

**Sólo en los lugares en que se habla de obstinación de corazón parece aludirse a la dificultad del perdón. Pero si alguna dificultad de perdón se puede admitir se debe sin duda más a la oscuridad mental del peca­dor o a su malevolencia que a la limitación misericordiosa del Señor.**

**Hasta el texto más difícil de entender, el de 1. Jn. 5.16, es preciso entenderlo en ese contexto. Esa Epístola dice: "Si alguno se da cuenta de que su hermano peca en algo que no acarrea la muerte, ore por él y Dios le dará vida... pero hay un pecado que acarrea la muerte. No digo que se rece por ese.". Incluso supo­niendo que hay un pecado de obstinación contra el mismo Espíritu Santo, hay posibilidad de salva­ción.**

**La Iglesia siempre lo entendió así. San Ambrosio decía: "Dios no hace diferen­cias; ha prometido a todos su misericordia y concedió a sus sacerdotes la autoridad para perdonar sin excepción algu­na." (De poenit. 13. 10)**

****

**3º Ejercicio del poder**

**El modo ordinario de la Iglesia de ejercer el poder de perdonar es precisamen­te el sacramento de la Penitencia. Es el signo sensible establecido por el mismo Cristo. Pero es conveniente no reducir el perdón al sacramento. La Iglesia, en cierto sentido, a través de la Historia debe, como siempre lo hizo, abrirse a otros gestos de perdón.**

**Ha promovido el olvido de los males y ha reclamado en los cristianos actitudes y posturas de misericordia hacia el mundo; ha exigido misericordia con los pobres y postulado formas de justicia so­cial; ha intercedido por los explotados y ha luchado por la libertad de las personas, por la igualdad de las razas y de los sexos y por la rehabilitación de los marginados. Sobre todo ha proclamado la caridad donde dominó el egoísmo y la paz donde predominó la violencia.**

**Esas y otras formas similares se hallan engarzadas en la lucha de la Iglesia contra el mal y el pecado.  La misión sanativa de la comunidad cristiana es mucho más extensa, más intensa y más misteriosamente dinámica que la acción sacramental estricta.**

**3 Sacramento como instrumento del perdón**

**El sacramento penitencial es el signo sensible por el cual se nos concede el perdón de los pecados en nombre del Señor Jesús; pero por intermediación de la Iglesia, que lo administra.  
   Como sacramento posee capacidad sobrenatural de otor­gar la gracia divina mediante el perdón del pecado.**

**Se estructura en un signo sensible que ha sufrido oscilaciones a lo largo de los siglos, pero que ha mantenido el rasgo esencial: reconocimiento del pecado por parte del pecador y declaración del perdón por parte del ministro.**

**1. Naturaleza Sacramental**

**Es un sacramento que enlaza tres rasgos: el signo, el arrepentimiento y el per­dón. El signo es algo visible, contingente, que podía haber sido diferente, pero que, querido por Jesús, refleja la manifestación del arrepentimiento y la declaración del perdón.**

**Por una parte penitencia (tener pena) es el dolor de haber pecado, es reconocimiento de tal error, es deseo de cambiar de vida.  Por la otra, es perdón, destrucción del pecado en su aspecto de culpa, de ofensa a Dios, por el poder otorgado a la Iglesia. Y, junto a la aniquilación de la culpa, se halla la apertura a recibir la expresión de la pena o castigo reparador que el pecado reclama.  
   En el Concilio de Trento se describe como hecho judicial. Lo es tal por cuanto hay reconocimiento de culpa, porque hay juicio humano sobre la maldad de la acción pecaminosa y por haber absolución en nombre de Jesús.**

**Pero hay que evitar trasladar las categorías jurídicas humanas al sacramento: sacerdote juez, reo pecador, fiscal acusador, abogado defensor, sen­tencia y sanción. Sólo metafóricamente se puede hablar de tribunal y de juicio, de sentencia y de pena. La realidad es más simple y sobrenatural. Hay un gesto o signo sensible que expresa el perdón; y hay una gracia santificante que se restituye por ese signo**

**1º. Esencia física**

**Lo difícil es entender cómo un signo sensible produce un efecto invisible, cómo lo natural genera lo sobrenatural. En este salto misterioso es donde está la necesidad de la fe, para aceptar que Cristo quiso que así fuera, como pasa en los demás sacramentos: Bautismo con el agua, Eucaristía con el pan y vino, Confirmación con el santo crisma.**

**La Teología tomista identifica la naturaleza, o esencia física, del sacramento con los actos llamados del penitente: arrepentimiento, confesión, satisfacción y absolución. Es terminología y explica­ción recogida en el Concilio de Trento (Denz. 699, 896, 914). Se llama a estos actos "cuasimateria", ya que en este sacramento no habría mate­ria pro­piamente dicha visible por los sentidos, como acontece en otros: agua, pan y vino, imposición de manos, unción.**

**Las palabras absolutorias del ministro serían la forma o fórmula sacramental. Al vincularse o asociarse con la materia, o actos del penitente, se constituiría el sacramento. Santo Tomás considera que, si faltan los actos del penitente, no se da sacramento, al carecer de la acción judicial: pecado, declaración, arrepentimiento, castigo y expresión del perdón (Summa Th. III. 84. 2)**

**La Teología escotista y franciscana se presenta más abierta, menos judicializada y más evangélica. Prefiere identificar la naturaleza del sacramento con la absolución del ministro, pronunciada por el arrepentimiento, más que por la confesión de los pecados. Relega los actos del penitente a ser mera condición para que la absolución pueda ser real. Pero declara que lo esencial es el gesto del perdón por parte del ministro, no la humillación por parte del penitente.**

**Sin entrar en pormenores teológicos más propios de los recovecos escolásti­cos que de las visiones evangéli­cas, lo importante es identificar la esencia del sacramento con el perdón que el sacramento conlleva.**

**No implica eso que el concepto definido en Trento resulte insuficiente o discutible, sino que debe situarse en el contexto histórico y teológico en el que se declaró. Es preferible entender el sacramento como gesto sacerdotal de perdón. Por lo tanto es signo huma­no que acoge los síntomas de arrepentimiento y de misericordia divina. Culmina con las expresiones de absolución como señal de la concesión de perdón.**

**Precisamente en esta visión preferentemente carismática de los actos del penitente, minuciosos y sucesivos, pero secundarios y no esenciales, se justifica el poder otorgar, cuando es conveniente, la absolución general; y se basa la posibilidad también de absolver a los que han perdi­do la conciencia por enfermedad o accidente.**

**Desde luego, la valoración excesiva de los actos del penitente no sintoniza del todo con el mismo ejemplo evangélico de Cristo "pronunciado absoluciones" sin ritos previos ni declaraciones del pecado: Jn. 1.9; Lc. 9.2; Mt. 9. 2; Lc. 5. 20; Mc. 2. 5; Lc. 7. 47; Mc. 2. 7; Lc. 7. 49; Jn. 5. 14. Cristo perdonaba sin formalidades sacramentales.**

****

**2.º Signo sensible**

**El signo exterior del sacramento de la penitencia, por lo tanto, es la manifestación del dolor del pecado, los gestos de humilde petición del sacramento y la proclamación de ese perdón o absolu­ción. Los escolásticos tomistas los llamaban: cuasimateria**

**Lo importante en ese signo es el arrepentimiento, la reconciliación y la conversión, tres manifestaciones del perdón.**

**- Con el arrepentimiento rechazamos el pecado en lo que tiene de malo; sentimos pena y hasta vergüenza de habernos comportado mal.**

**- Con la reconciliación, volvemos nuestro corazón a Dios, que es nuestro Padre, como hizo el hijo pródigo de la parábola que Jesús relató. Decimos: "*He pecado contra ti y no soy digno de ser llamado hijo tuyo.*" (Lc.15.11-32)**

**- Con la conversión cambiamos por completo de vida y no volvemos a ir por el camino del mal, pues nuestro corazón se entrega a Dios con amor.**

**Estos tres sentimientos han sido iniciados en el Bautismo, en donde fuimos hechos hijos de Dios. El perdón del sacramento penitencial nos restituye la gracia bautismal, si nuestro corazón es recto y sincero. Se enlaza pues con la iniciación bautismal.**

**3º. Dolor y arrepentimiento**

**Evidentemente lo más importante para el pecador es la conversión. "*Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva*." (Sab. 1. 13) Es decir, Dios quiere el dolor del pecado cometido: pesar, remordimiento, sufrimiento, compunción, pena, arrepentimiento, decisión de no volver a pecar.**

**La Iglesia entendió siempre por contrición "*el dolor del alma y aborrecimien­to del pecado cometido, juntamente con el propósito de no volver a pecar*". Es la idea expresada en el Concilio de Trento, en la sesión XIV del 25 de Noviembre de 1551 (Denz. 897). Los tres elementos de este concepto; sentimiento o dolor, rechazo o renuncia, propósito de cambio, han sido y son elementos claves para autentificar el arrepentimiento, de modo que uno sólo haría dudar de la autenticidad de esta disposición moral.**

**No se debe identificar pues la contrición con un mero sentimiento de pena, de vergüenza o de angustia. Es una disposición de la inteligencia y de la voluntad libre, no de la sensibilidad.  
    Es el rasgo esencial de la "conversión", cara sensible y humana del concepto más teológico de "justificación". Por eso se considera como el valor central de la penitencia sacramental.**

**Propiedades**

**La contrición es disposición personal e intransferible, es sobrenatural e interna, tiene que ser universal y permanente. Debe abarcar a todos los pecados mortales, incluso a todos los veniales, en cuanto ofenden a Dios bondadoso. Puede ir acompañada de signos externos, pero afecta fundamentalmente a la mente y al corazón. "*Rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras*", decían los profetas. (Joel 2. 13)**

**Al decir que debe ser sobrenatural se alude a su referencia a Dios, sin olvidar su dimensión humana. El que se arrepiente no lo hace por vergüenza, temor o conveniencia, sino por la misma ofen­sa que repudia. Ha roto con el Padre Dios y se ha alejado de Jesucristo. Su descarrío le aleja de su fin último. Al advertir tal situación su voluntad reclama rectificación.**

**Sin embargo no quiere ello decir que el hombre, unidad personal infragmentable, pueda eliminar todo sentimiento humano en sus rectificaciones: pena, sentimiento, tristeza, vergüenza. Mas lo esencial es la decisión de rectificar, bajo la influencia misteriosa de la gracia actual, y rechazar el pecado como ofensa a Dios, fin último del hombre. El arrepentimiento puramente natural no tiene valor trascendente; ello no quiere decir que no sea beneficioso. Pero su naturaleza lo hace diferente del sobrenatural.**

**También el arrepentimiento tiene que ser universal, lo que implica el rechazo de todos los pecados graves cometidos, sin excepción. No es posible que un pecado mortal se perdone desligado de todos los demás. El que se arrepiente de todo, menos de uno, no llega al arrepentimiento verda­dero en el orden sobrenatural, pues sigue alejado de Dios. Por ejem­plo, arrepentirse del homicidio y del robo generado por un adulterio, pero no del adulterio, puede ser arrepentimiento natural, pero no sobrenatural.**



**4º Formas de arrepentimiento**

**El arrepentimiento, desde Sto. Tomás de Aquino (De veritate 28. 8 ad 3), se suele diferenciar en dos niveles: el perfecto llamado estrictamente "contrición" o tristeza; y el imperfecto, llamado también "atrición" o abatimiento. Aunque el alcance etimológico es similar, la connotación teológica se ha ido perfilando por separado.**

|  |
| --- |
| **La contrición perfecta está motivada por el amor a Dios. Es actitud de tristeza generada en las facultades superiores, inteligencia y voluntad, ante la ofensa hecha a Dios, Ser Supremo.  Sin embargo, la atrición procede de otras connotaciones humanas, como el temor al castigo, el pesar por el bien perdido. No está mal, pero es un dolor menos teocéntrico; es caridad imperfecta para con Dios.** |

**a) Dolor de contrición**

**Es el ideal en el orden sobrenatural para quien ha ofendido a Dios. A él se debe aspirar. El motor que lo desencadena es el amor puro a Dios solo, que consiste en preferirle sobre todas las cosas, por ser Él quien es. El motivo que origina el rechazo del pecado es ese amor de be­nevolencia o amistad divina.**

**Es evidente que no todos los hombres ni en todas las ocasiones pueden llegar a una situación espiritual tan perfecta. Se acerca el alma a esta disposición al considerar la ingratitud que supone cuan­do considera el pecado y compara la maldad del pecado con la bondad divina. La consideración de la muerte redentora de Cristo es la plata­forma para despertar esta disposición espiritual.  El simple llegar a ese dolor ya justi­fica o perdona por sí mismo el pecado cometido (justificación presacramental), pues supone que la persona entera se adhiere de nuevo a Dios, a quien se rechazó por el pecado. La contrición es por sí misma justificante, de modo que, aunque quede el deber de recibir el sacramento, el pecado se perdona por ella.**

**En el Antiguo Testamento, encontramos ejemplos de esta contrición como cauces para el perdón del pecado. La declaración del profeta a David: "*Tu pecado ha sido perdonado*" (2. Sam. 12. 13) sigue a la confesión: "*He pecado contra Yaweh*" del rey. Es actitud que en otras referencias se encuentra con claridad: Ez. 18. 21; Ez. 33. 11; Salm. 31. 5.**

**En el Nuevo Testamento hallamos otras referencias claras: "*Se le perdona mucho, porque ha amado mucho*." (Lc. 7. 47). También en Jn. 12. 1-11; Mc. 14. 3-9; Jn. 14. 21; 1. Jn. 4. 7. La idea de que "*la caridad borra multitud de pecados*" (1. Petr. 4. 8) será clave en el cristianismo de todos los tiempos.**

**b) Dolor de atrición**

**No siempre los hombres, sobre todo no cultivados espiritualmente, pueden llegar con facilidad a una contrición per­fecta, teniendo como exclusiva referencia al mismo Dios. La Tradición de la Iglesia ha enseñado que también son excelentes los sentimientos de rechazo del pecado por otros motivos menos teocéntricos y más antropocéntricos: el temor al castigo, la pérdida del cielo, el remordimiento, la vergüenza, etc.**

**No son sentimientos perfectos, pero son suficientes para disponer el espíritu humano contra el mal. A estas motivaciones se las denomina "atrición" (atritio, abatimiento, humillación) como alusión al dolor humano ante el mal. El término se usó desde el siglo XII, con Simón de Tournai. Al principio fue sinónimo de ruptura con la vida desordenada, pero luego tuvo sentido de pesar por el pecado cometido y temor a ser castigado por Dios.**

**El temor al castigo, aunque sea un sentimiento interesado, es sentimiento noble en la naturaleza humana, como lo es el pesar por el premio eterno perdido. Algunos escritores cristianos han considerado egoísta este sentimiento, sobre todo al compararlo con el puro amor a Dios. Pero una cosa es que sea de inferior calidad y otra cosa es que resulte inconveniente.**

**En cuanto es un temor que acerca al arrepentimiento y dispone para la conversión, la Iglesia siempre lo ha considerada como bueno y como suficiente para llegar al perdón sacramental. El temor, a diferencia del amor, no justifica por sí mismo; pero dispone la conversión. En consecuencia es considerado suficiente para el sacramento de la penitencia.**

**En este sentido, resultan interesantes las antiguas discrepancias sobre su suficiencia penitencial.**

**Los contricionistas, Alejandro de Hales (1186-1245), Miguel Bayo (1513-1570) y posteriormente los autores jansenistas, rechazaron su suficiencia para recibir válidamente el sacramento de la penitencia, exigiendo la contrición perfecta basada en el amor.**

**Pero la enseñanza pastoral de la Iglesia y multitud de autores se opusieron a tales exigencias. Pedro Lombardo (+1160) ya había enseñado que si el temor no es suficiente, la absolución sacramental sólo tendría valor declaratorio, ya que el dolor perfecto borra por sí el pecado. El sacramento de la penitencia precisamente es signo sensible que otorga el perdón compensando la insuficiencia del corazón del penitente.**

**El concilio de Trento no definió esta cuestión disputada, aunque declaró de forma indirecta que "*la atrición es insuficiente, sin el sacramento de la penitencia, para justificar al pecador, pero que puede disponerle para recibir la gracia de la justificación por medio del sacramento*." (Denz. 898)  
   El sacramento de la Penitencia es sacramento para pecadores no para santos, en la medida en la que es instrumento de perdón. Pero hasta para los más santos es cauce de gracia y perfección. Si fuera precisa la contrición perfecta, no sería sacramento de pecadores, sino de justos. La Sagrada Escritura recuerda en diversos lugares que el temor de Dios es un sentimiento saludable y deseable: "*El temor de Dios es el principio de la sabiduría*", se dice en los Libros Sapienciales del Antiguo Testamento (Prov. 1.7; tam­bién Eccli. 1.17; Prov. 10. 27; Ex 20. 20; Salm. 11. 8; Is. 33. 6.**

**Y Jesús mismo recordó: "*Temed más bien a aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno.*" (Mt. 10.2) Tam­bién: Mt. 5. 29 y Jn. 5. 14.**



**5º Penitencias complementarias**

**Es bueno recordar que, con frecuencia, los cristianos multiplicaron sus actos penitenciales con la pretensión de obtener de beneficios espirituales para sí mis­mos o para otros cristianos.  
    Estas penitencias complementarias no tienen estricto carácter sacramental. Con todo, si se realizan como complementos a los actos de satisfacción sacramental, se tiñen de alguna forma de la valoración del sacramento. Por eso conviene hacer penitencia por los pecados cometidos, más allá de las penitencias impuestas por el ministro sacramental.**

**Con todo hay que recordar que mientras las penitencias estrictamente sacramentales producen frutos espirituales por sí mismas, las otra accesorias, o añadi­das, y las vicarias, o hechas en beneficio de otros, sólo producen los efectos según los méritos y disposiciones de quienes las realizan.  
    No conviene menospreciar esas penitencias no estrictamente sacramentales, origen de tantas piadosas tradiciones, cofradías, celebraciones, festividades y gestos de caridad cristiana.**

**4.. Institución por Jesús**

**La institución por parte de Cristo del sacramento de la penitencia nunca ha suscitado duda alguna en cuanto al hecho y en cuanto al tiempo. Siempre se asoció la intención del Señor a los dos momentos penitenciales que se reflejan en los textos evangélicos: el de la pro­mesa y el de la encomienda.**

**La promesa se asocia a las palabras del Señor a Pedro: "Atar y desatar" (Mt. 16. 13-20); repetidas luego a los Apóstoles (Mt. 18. 18)  Y la encomienda o concesión se relacionó con la misión universal de los Apóstoles y la explícita misión de perdonar los pecados al momento de la despedida postrresurreccional. (Jn. 20. 10-22; Lc. 24. 47).**

**Con todo, en una buena exégesis bíblica, en clave comparativa, es difícil determinar el momento, si lo hubo, en que los Apóstoles recibieron explícitamente esa función. Aunque existe en los Apóstoles la conciencia y el recuerdo del último mandato de Jesús, tal vez se debe prefe­rir una exégesis más flexible y extensiva de la institución sacramental, ya que frecuentemente se habla de esa misión salvadora y perdonadora en los relatos evangélicos.**

**De lo que no cabe duda es de que desde la misma etapa inicial de la comunidad cristiana, el poder de perdonar se hallaba en el corazón de los discípulos y lo ejercieron de una forma carismática y kerigmática. El tiempo posterior se encargaría de facilitar la ordenación disciplinar de ese poder sacramental y de orientarlo, no por vía de derechos judiciales, sino en clave de evangelización y de anuncio salvador.**

**1º Con un Ministro**

**Tampoco se han suscitado especiales dudas o discusiones sobre los destinatarios del poder de las llaves. En el primer esquema histórico de la comunidad cristiana es clara la atribución exclusiva a los Apóstoles, con Pedro a la cabeza.**

**Los Obispos, como sucesores de los Apóstoles, recibieron ese poder por transferencia explícita y natural de sus primeros receptores.**

**Lo que no resulta fácil es asociar el poder de perdonar pecados con la figura de los presbíteros, entendidos como perso­nas ordenadas sacramentalmente para la atención espiritual de la comunidad cristiana.**

**Las diversas veces en que aparece el término y el concepto de presbítero (74 veces) en el Nuevo Testamento ofrecen rasgos diversos. No pasan de una doce­na las referencias de ese término a personas con autoridad en la comuni­dad: "*Designaron presbíteros para la comunidad (Hech. 14. 23*)...; "*Los presbíteros que ejercen bien su cargo merecen doble honor."* (1. Tim. 5. 17)...; "*Establece presbíteros en cada una de las ciuda­des*." (Tit. 1. 5). Esa orientación casi siempre pertenece al contexto paulino directo (sus cartas personales) o indirectos (Hechos y cartas atribuidas).**

**A pesar de la oscuridad que todavía existe en cuanto a las funciones pastorales y jerarquías en las comunidad cristianas del siglo I, es claro que la posterior interpretación de las intenciones de los Apóstoles, depositarios de las consignas directas de Jesús, conlleva la diferenciación entre la autoridad máxima de cada comunidad, el presidente y obispo, y los otros personajes investidos de determinadas funciones ordenadas (Diáconos, evangelistas, y presbíteros).  San Ambrosio ya en el siglo V reconocerá la praxis penitencial de la Iglesia en todas partes y la reserva del perdón al Obispo y a sus presbíteros: "*Este derecho se concede sólo a los sacerdotes*" (De poen.1.2, 7)**

**¿Y los diáconos?**

**En lo que respecta a los diáconos, los hechos son más complejos, pero en cierto sentido más claros respecto a la función penitencial. Ellos, en su forma masculina y en su forma femenina, tuvieron una dimensión más bien de asistencia y de caridad en la comunidad.**

|  |
| --- |
| **La caridad estuvo en los primeros cristianos por encima del culto. Recordaban con claridad que el "único mandamiento que Cristo había dado era el del amor" y ejercieron la solidaridad de una forma preferente. Es lógico admitir que los diáconos, al estilo de Esteban, ejercieron una misión decisiva en la naciente comunidad** |

**Y es claro que su ministerio estuvo menos vinculado con la predicación de la palabra y el orden litúrgico, eucarís­tico o penitencial. San Pedro lo dijo bien claramente al determinar su misión: "*No es justo que nosotros descuidemos la Palabra por las mesas... Escoger "vosotros" siete varones justos... Nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio del mensaje.*" (Hech. 6. 2-6) En ningún momento de la Historia posterior esta orientación sufrió variación alguna, a pesar de que en los siglos postmedievales la institución diaconal se eclipsó a efectos prácticos.**

**La necesidad del carácter sacerdotal para el ministerio penitencial no ha sido siempre tan respetada en la práctica como rígida es en la teoría. En ocasiones se han abierto dudas o brechas en los planteamientos teológicos.**

**La confesión diaconal**

**En algunos ambientes o momentos se pretendió dar a determinadas actividades laicales y diaconales carácter cuasisacramental, haciéndoles depositarios de confesiones y confidencias con vistas al perdón de los pecados. Cuando la costumbre de esas confesiones a Diáconos se difundió en algu­nos ambientes, la Iglesia se encargó de clarificar las ideas y rectificar los usos incorrectos.**

**Con todo, hubo alguna vacilación al respecto.**

**Tal aconteció, por ejemplo, en el Sínodo (no concilio) de Elvira, que, en su canon 32, con­cedió que el Diácono, en caso de necesidad, impartiera la reconciliación. Al margen de que es dudoso que se pueda identificar la reconciliación con la absolución del pecado o el levantamiento de la excomunión si la hubiere, no deja de ser un hecho aislado que en nada compromete la línea doctrinal de la Iglesia.**

**Queda claro que, cuando en algunos libros penitenciales o en algunas actas sinodales del siglo X y XI, o por parte de algún escritor (Lanfranco, por ejemplo) se aluden a estas posibilidades, se coin­cide en que sólo se debe hacer en caso de grave necesidad, lo que indica que hay claridad de la improcedencia de la atribución. Desde el siglo XII la práctica se rechazó en todos los Sínodos y por parte de los teólogos de todas las tendencias, salvo los grupos marginales y sectarios que aparecen ya desde el siglo XIV.**

**Es bueno recordar que los diáconos ejercieron en determinados ambien­tes y momentos una función vicaria y propedéutica para determinadas acciones insertas en la administración del sacramento (preparación, plegaria, exámenes de conciencia, penitencias expia­torias). Pero tal labor se centró más aspectos de satisfacción que en los estrictamente absolutorios.**

**Y también es cierto que en algunos ambientes o momentos se usó la confe­sión laical como sucedánea de la sacramental, cuando era imposible contar con un sacerdote. El hecho de que algunos teólogos llegaran a considerarla como buena, incluso obligatoria si no se hallaba sacerdote, no quiere decir que se confundiera con el sacramento estrictamente dicho.**

**Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, le defendió como justa y buena (Suplem. 8. 21) Juan  Duns Escoto, que ponía exclusivamente la esencia del sacramento en la absolución, la rechazó por completo.**

**La confesión "laica"**

**La actividad psicológica moderna, en donde la consulta y la confidencia (counseling) se convierte en hábito pedagógico y terapéutico, y en la que muchos creyentes pueden ejercer un verdadero ministerio moral y espiritual, desentierra algunos resabios medievales sobre la tonalidad sacramental de esas ayudas o funciones laicales.**

**Teológicamante hay que mantener, según la doctrina de la Iglesia, que cualquier forma de absolución impartida por diáconos, clérigos no presbíteros, o laicos expertos en técnicas de ayuda psicológica, no tiene ni puede tener ningún rango sacramental. Ello no obsta a que toda labor profesional (médica, pedagógica, psicológica) realizada con intencionalidad caritativa merezca máxi­ma consideración evangélica.**

**En otro orden de cosas, es un error en la Iglesia griega la costumbre, extendida desde antiguo aunque hoy amortiguada, de hacer a los monjes, a menudo no sacerdotes, los administradores del perdón. El perdón de pecados concedido por los no sacerdotes se ha de mirar como absolución errónea, por espirituales y piadosos que sean los otorgantes y buenas sean las actitudes de los penitentes.**

**Otra cosa es que el servicio de consultorio y de apoyo moral y afectivo que se ofrece a quien lo pide lleve con frecuencia aparejada una gran influencia espiritual y pueda convertirse en sucedáneo de la acción sacramental para quienes no sean capaces de llegar a ella.**

****

**2º Sujeto de la penitencia**

**El receptor del sacramento no puede ser otro que el adulto capaz de pecar, o que realmente ha pecado, y quiere recibir el perdón por la vía establecida por el mismo Señor Jesús.**

**Ni los niños ni los deficientes ni quien carezca de suficiente desarrollo moral, es decir de responsabilidad como persona, puede ser sujeto de la penitencia.**

**Adulto pecador**

**En la medida en que tiene algo susceptible de ser perdonado se puede ser sujeto del sacramento. Un hipotético santo perfecto no podría ser perdonable.**

**En principio el sacramento de la penitencia está establecido para quienes se han alejado gravemente de la Iglesia, es decir para quienes tienen conciencia de pecado mortal.**

**Pero ha sido tradicional desde los primeros tiempos cristianos acudir a este sacramento para obtener, con la humilde confesión, la ayuda de la gracia en los pecados veniales, en los vicios de los que nos queremos corregir, de las situaciones de ignorancia, de debilidad o de pobreza espiritual. Jesús quiso establecer un sacramento para todos, para los pecadores, que son de dos tipos: los que han pecado y los que pueden pecar.**

**Además se requieren ciertas disposiciones complementarias para la recepción digna o suficiente: los conocimientos suficientes sobre el sacramento para saber lo que se hace y por qué se hace. Una ignorancia absoluta, una falta total de arrepentimiento, una adhesión plena al pecado de modo que se siga adherido a él, haría el sacramento inválido y por lo tanto aparente.**

**5. Efectos del sacramento**

**Son diversos y se producen, como en todo sacramento, por sí mismos, siempre que se realice el signo sensible del perdón y se posean las suficientes disposiciones para recibirlo con autenticidad, voluntad y conciencia clara.**

**1 Gracia y reconciliación**

**El efecto principal del sacramento es la reconciliación del pecador con Dios, lo cual indica la destrucción del pecado y el restablecimiento de la gracia divina.**

**El efecto negativo es la aniquilación del pecado, es decir del estado de enemistad divina. Es misterioso cómo pueda ser entendido ese estado de enemistad por parte de Dios, que es infinitamente misericordioso. Pero es así, al menos por parte de nosotros, pecadores. Lo dice San Pablo hablando del Bautismo con cierta insistencia y aludiendo al salto que se realiza en el orden de la gracia: "*Antes érais hijos de ira y ahora os habéis hecho hijos de amor*." (Ef. 2.3; Rom. 5.9-11; Gal. 3. 23-29; Ef. 4.22)**

**El efecto positivo es la amistad divina, es el estado de gracia santificante que surge por el perdón. A ese salto inmenso y sobrenatural se denomina justificación. Con el perdón de la culpa va necesariamente unida la remisión de la pena eterna, aunque las penas temporales o complementarias permanecen y deben ser reparadas y borradas con la penitencia.**

**2. La gracia sacramental.**

**Entre los teólogos se acepta en general la idea de que cierta gracia concreta y particular se confiere en el sacramento, según el tipo de pecados que se confiesan. La gracia divina actúa sobre ellos para destruirlos y para conferir cierta fortaleza que haga posible la lucha que ellos reclaman.**

**Este tipo de ayudas específicas se suelen mirar como gracias actuales. Además de la fuente general del sacramento de donde brotan, hay que saber pedirlas a Dios para lograr superar los pecados que a cada espíritu acechan con predominio: ira, avaricia, rencor, erotismo, etc.**

**3. Reconciliación con la Iglesia**

**Teniendo en cuenta que el pecado destruye también la vinculación espiritual que tenemos con los demás miembros del Cuerpo Místico, es frecuente aludir al efecto eclesial que produce el sacramento penitencial. Incluso es conveniente resaltar esta dimensión participativa en los tiempos actuales.**

|  |
| --- |
| **El Catecismo de la Iglesia Católica dice: "*El pecado rompe y menoscaba la comu­nión fraterna. Por eso el sacramento de la penitencia la restaura y repara. No sólo cura al que se reintegra en la comunión eclesial, sino que tiene también un efecto santifican­te sobre la vida de toda la Iglesia.*" (1460)** |

**4. Reviviscencia de los méritos**

**Las obras buenas realizadas en estado de gracia producen un efecto meritorio que se acumula ante Dios y que abren la posibilidad de una recompensa eterna. El pecado destroza esos méritos, al interrumpir la amistad divina; pero, sin duda, el perdón sacramental los restaura, como resultado de la reconciliación con Dios y de su infinita misericordia.**

**Otra cosa es el valor meritorio de las buenas obras hechas durante el tiempo en que el alma se halla alejada de Dios por el pecado. No cabe duda de que "en las matemáticas de Dios", estas formas de calcular méritos y recompensas adquieren otro sentido que en los lenguajes de los hombres. Pero es indudable que las obras buenas en todo momento son agradables a Dios, incluso las hechas en estado de pecado.**

**Por ese se debe aconsejar al pecador, por empedernido que sea y corrompido que se halle, que haga obras buenas y solicite la gracia de la conversión a través de ellas.**

**San Jerónimo comentaba a propósito esto: "*De quien ha trabajado por la fe en Cristo y después cae en el pecado se dice que todos sus afanes anteriores han sido vanos mientras se encuentra en pecado; pero no perderá su fruto si se convierte a la primera fe y al celo antiguo*".**

****

**5. Efectos psicológicos.**

**Aunque no pertenece a la teología la consideración de los efectos psicológicos de la penitencia, también se pueden recordar en la medida en que sean reales. Bueno será caer en la cuenta de que no a todos les producen los mismos efectos los mismos procedimientos: desahogos, aclaraciones éticas, restauración de la confianza.**

**Desde una óptica clerical se ha abusado en ocasiones de esta referencia y se ha arropado el sacramento de la penitencia del entorno humano que corre el riesgo de desfigurarlo: consejos morales, conversación piadosa, en ocasiones íntima y afectiva, etc.**

**Sin que sean rechazables estos "envoltorios penitenciales", los confesores harán bien en diferenciar las distintas preferencias o conveniencias de los penitentes y los penitentes harán mejor en no confundir el sacramento con sus circunstancias: carácter o edad del confesor, ritos o modos celebrativos, tiempos, lugares o lenguajes empleados.**

**Desde luego, en el orden catequético resulta importante, sobre todo a determinadas edades, enseñar a diferenciar el sacramento en sí del rito mismo.**

**6. Necesidad del Sacramento**

**La Iglesia enseña que, para lograr la salvación, el sacramento de la penitencia resulta necesario para quien ha pecado mortalmente después del Bautismo.**

**Con todo, es preciso clarificar que esta necesidad debe ser entendida en cuanto el sacramento es medio, no en cuanto pueda ser considerado como fin.**

**Y téngase en cuenta que el sacramento es signo sensible constituido en el caso de la penitencia por diversos gestos o acciones (declaración del pecado, absolución del pecado, reparación del pecado), y no por uno aislado, (por ejemplo la confesión).**

**Quien no lo recibe por imposibilidad, puede ser perdonado por otro medio que conduzca al arrepentimiento y a la conversión. Pero el pecador que se niega a recibirlo por desprecio se cierra a sí mismo la puerta establecida por el mismo Cristo para la salvación, al igual que acontecería con quien menospreciara el Bautismo o la Eucaristía. Quien carece de un acto de forma motivada: satisfacción (el sacerdote no da penitencia) o confesión (un mudo) recibe el sacramento con el signo de la absolución.**

**Por otra parte, el precepto de recibir este sacramento ha variado en cuanto a la forma, no en el fondo. Hoy es impen­sable una penitencia pública de un pecado secreto. En tiempos antiguos la penitencia pública era lo normal: el pecador se arrepentía y hacía penitencia o quedaba excluido de la comunidad.**

**Las normativas actuales vinieron más tarde. La primera universal es del IV Concilio de Letrán (1215), en su Declaración contra los albigenses y otros herejes (Denz. 437). Fue recogida y renovada en Trento (Denz. 918) y mantenida en el Derecho Canónico hasta nuestros días. (cc. 960 a 999).**

**La obligación comienza con la edad del discernimiento ético, lo cual acontece con la llegada del "uso de razón", que se supone inicial hacia los 7 años y suficiente hacia los 12-14, aunque la plenitud de responsabilidad no puede someterse a fecha fija y siempre válida.**

**La comparación de la Penitencia con el Bautismo fue constante en los primeros escritores cristianos. Se llamó a este sacramento con términos bautismales: "*Bautismo penoso*" (San Juan Damasceno, en De fide orth. IV. 6); "*Bautismo de  lágrimas*" (S. Gregorio Nacianceno, De Ord. 39. 17); "*se­gunda tabla de salvación después del naufragio*." (S. Jerónimo Ep. 130. 9), etc. La relación entre ambos sacramentos siempre estuvo consciente en la conciencia de la Iglesia a lo largo de los siglos.**

